

<https://www.elcorreo.eu.org/Escapar-de-la-Bot-Bonanza>

Escapar de la « Bot Bonanza »

- Empire et Résistance -

Date de mise en ligne : samedi 1er août 2026

Copyright © El Correo - Tous droits réservés

¿Tenían los hippies la respuesta ? Es difícil sacar provecho económico de tu jardín sin conexión a Internet, ya que los robots no pueden verlo.

Si no te has fijado, quizá no sepas que, a pesar de que en este planeta hay nueve mil millones de seres humanos que comen, duermen, hacen el amor, crían a sus hijos, cultivan sus jardines, pasan por momentos difíciles y se recuperan, su influencia en el mundo es mínima. Su capacidad de acción se limita principalmente a su vida privada. Los sistemas que determinan las decisiones en materia de finanzas, política, justicia, medios de comunicación e incluso su propia identidad están gestionados por robots, aunque el discurso público afirme que son los « seres humanos » quienes llevan las riendas.

Seguimos hablando como si los seres humanos estuvieran al mando. Decimos : « *los mercados han decidido* », « *los votantes han elegido* », « *los consumidores tienen confianza* », « *los jueces han examinado las pruebas* ». Pero si observamos con atención el funcionamiento real de estos sistemas, vemos en todas partes el mismo patrón : los robots toman las decisiones operativas ; los humanos sirven principalmente como punto de partida, adorno y explicación a posteriori.

Mercados y dinero : la máquina de manipular

Empecemos por los mercados, ya que son los más transparentes en cuanto a su funcionamiento, si se sabe dónde mirar.

Todavía conservamos la imagen cinematográfica de una sala de la bolsa : una gran sala llena de gente, con teléfonos y pantallas en la mano, dando órdenes sobre la marcha, sudando a mares antes de tomar una decisión. Esa era la realidad en el pasado. Hoy en día, eso no es más que un decorado. Los precios que aparecen en tu pantalla no son fruto del criterio de mil personas ; son el resultado del análisis de miles de algoritmos que interpretan los *ticks*, las señales y los datos factoriales para hacer que los precios fluctúen al alza o a la baja.

Los robots negocian entre sí. Definen la « *tendencia* », el « *riesgo* » y el « *valor* » en función de sus propios parámetros : medias móviles, bandas de volatilidad, índices de « *momentum* », exposiciones a factores. Cuando estos parámetros cambian, emiten órdenes. Los seres humanos intervienen en una fase previa aportando datos (publicación de resultados, indicadores macroeconómicos, titulares) y en una fase posterior actuando como narradores. La decisión final «comprar esto, vender aquello, ¡YA !» está totalmente automatizada.

El lenguaje se niega a decirlo. Nos dice que « *Wall Street cerró con resultados dispares* », como si una multitud de personas sopesara los por y los contras y se formara una opinión colectiva. Se dice que « *los inversores han obtenido beneficios* », cuando en realidad se han activado las reglas de recogida de beneficios porque una acción ha superado un umbral crítico. Se dice que « *el mercado es optimista* », cuando en realidad los modelos de riesgo han pasado de « *reducir la exposición* » a « *aumentar la exposición* ». Cada expresión insinúa subrepticamente una capacidad de acción que ya no existe.

Política y elecciones : perfiles estereotipados

En política se hace lo mismo. Se nos dice que « *los votantes han decidido* », que « *Estados Unidos ha rechazado X* » o « *ha aprobado Y* », que « *la ciudadanía ha transmitido un mensaje* ».

Las imágenes nos resultan familiares : gente que acude a los gimnasios de los colegios, que marca su papeleta electoral, que sale con la sensación de haber cumplido con su deber cívico. Esa es la fachada sentimental.

En realidad, la política moderna consiste en dirigirse a perfiles específicos mediante sistemas automatizados. Las campañas no te ven como una persona en sí misma, sino que se basan en un historial : edad, código postal, historial de compras, hábitos mediáticos, religión y origen étnico supuesto. Los robots deciden qué mensaje verás, en qué momento, en qué dispositivo y a través de qué rostro. Otros algoritmos analizan los datos : agregadores de encuestas, modelos de participación, simuladores demográficos. Estos definen la composición y el comportamiento del « *electorado* ».

Incluso antes de que llegues a la cabina de votación, una máquina de recomendación y persuasión ya lleva meses trabajando discretamente. Ha determinado qué problemas se perciben como urgentes, cuáles se pasan por alto, qué candidatos parecen serios y cuáles resultan ridículos. Cuando los expertos afirman que « *los votantes han votado a X* », describen el resultado de esa máquina, y no una tarde de deliberaciones serenas en un ayuntamiento de Nueva Inglaterra [o en cualquier otro lugar].

Tú sigues rellenando la papeleta electoral. Pero tu elección forma parte de un conjunto de opciones construidas e interpretadas por los algoritmos. El texto indica que has votado. En realidad, lo único que has hecho es reproducir una lógica programada mucho antes de tu llegada.

Opinión y actualidad : la opinión pública sintética

La expresión « *opinión pública* » parece referirse a la suma de millones de voces individuales. En realidad, lo que percibes como opinión es un patrón generado por algoritmos de filtrado y ponderación.

Los flujos de noticias no reflejan la realidad. Son contenidos cuidadosamente seleccionados por motores de recomendación que han aprendido qué es lo que te incita a hacer clic. La indignación se propaga porque es persistente. Los [bots](#) lo detectan y lo amplifican. En poco tiempo, se informa a sociedades enteras de que « *la gente está furiosa por X razón* », ya que las máquinas han amplificado un patrón emocional concreto. En la vida real, puede que la gente esté cansada, aburrida o simplemente indiferente, pero el indicador muestra ira, y la ira se convierte entonces en la tónica dominante.

Las encuestas también son productos automatizados. Las respuestas sin procesar se recogen, se depuran y se procesan mediante sistemas de ponderación que definen quién cuenta y quién no. Los modelos de participación determinan los grupos demográficos a los que hay que dar prioridad. El titular « *Los estadounidenses apoyan a Y* » no es un simple recuento ; es la voz de un ciudadano sintético, construido por un programa a partir de fragmentos de datos.

Discutes, te quejas, publicas. Pero lo haces dentro de un marco definido por algoritmos : qué temas son « *tendencia* », qué información es « *importante* », qué opiniones son « *mayoritarias* » y cuáles son « *marginales* ». El discurso oficial te dice : « *Lo que dicen los usuarios* ». En realidad, son los modelos los que deciden qué significa ser un « *usuario* » y qué aparece en tu pantalla.

Identidad y juicio : puntuaciones en lugar de rostros

Antes, tu reputación era tema de conversación. Vecinos, jefes, clientes, primos se contaban historias ; te juzgaban a partir de esos relatos. Hoy en día, tu reputación se reduce en gran medida a una nota de evaluación.

Un programa de calificación crediticia decide si puedes conseguir un préstamo hipotecario o para comprar un coche. Los modelos de riesgo determinan si eres lo suficientemente fiable para un empleo o para obtener un departamento. En algunas jurisdicciones, las herramientas de evaluación del riesgo delictivo ayudan a decidir si esperarás el juicio en tu domicilio o en prisión. No se trata de juicios humanos en el sentido tradicional del término. Son cálculos realizados a partir de datos : una factura impagada, una mudanza, un cambio de trabajo, una multa.

El sistema genera una cifra. Esa cifra te acompaña a todas partes. Los banqueros, los propietarios, los empresarios y los jueces consultan esa cifra y la consideran la esencia misma de tu valor. Pueden ajustarla ligeramente, pero la mayoría de las veces no modifican la nota ; se atienen a ella.

El discurso oficial dice : « *Hemos evaluado tu candidatura* », « *El juez ha examinado las circunstancias* ». En la práctica, el robot te clasifica en una categoría y los humanos dudan en cuestionarlo. A tus ojos sigues siendo una persona, pero una parte cada vez mayor del mundo te percibe como un vector de riesgo y de rendimiento.

Bienes, servicios y una economía sin nosotros

Llevemos ahora esta lógica al extremo.

Imagina que los robots siguen haciendo exactamente lo que hacen ahora : «negociar, optimizar, distribuir, notar», pero que abandonamos la ilusión bienintencionada de que el comportamiento humano es el motor del sistema. ¿Qué ocurre entonces ?

Los robots pueden :

- Seguir negociando acciones, bonos, divisas y derivados.
- Seguir asignando capital a las fábricas en función de los rendimientos esperados.
- Seguir generando señales de « demanda » a partir de modelos y enviando órdenes de compra a las empresas.
- Seguir transportando contenedores y planificando los camiones a lo largo de las cadenas de suministro.
- Las fábricas seguirán produciendo televisores, frigoríficos, rúters, calzado y juguetes. Los almacenes seguirán llenándose. Los programas informáticos de logística seguirán moviendo los palés según la oferta y la demanda prevista. Cada etapa de la cadena se registrará como « producción », « comercio », « stock » o « PIB ».

Imagina ahora... Si... Nadie abriera nunca las cajas. Ningún niño jugara nunca con los juguetes. Ninguna familia comiera nunca la comida. Las mercancías permanecerían envueltas en plástico, bajo luces automatizadas en edificios automatizados. Desde el punto de vista de los robots, la economía funciona a pleno rendimiento. Pedidos realizados, mercancías entregadas, pagos cobrados. El hecho de que un ser vivo utilice o no lo que el sistema produce no es una variable del modelo.

Los servicios complican aún más el panorama : cortes de pelo, intervenciones quirúrgicas, cuidados de enfermería, enseñanza. Las máquinas aún no pueden asear a un paciente, cortar el pelo con buen gusto ni consolar a los moribundos. Pero incluso en este ámbito, gran parte de la lógica subyacente ya es algorítmica : notaciones de triaje, códigos de facturación, autorizaciones de seguros, planificación de citas. El contacto humano se desarrolla en marcos de toma de decisiones contruidos por programas informáticos.

En este mundo imaginario, los seres humanos son puntos de logros biológicos que el sistema debe tener en cuenta ocasionalmente : calorías, camas, células. El principal motor de coordinación y asignación está totalmente automatizado. Los robots compran los bienes, los envían, los almacenan y registran las operaciones como « *sanas* ».

La ciudad superflua

Una vez establecida esta constatación, las ciudades parecen menos centros de vida humana y más centros de vida mecánica.

Antiguamente, la ciudad era el lugar donde convergía la acción : artesanos, impresores, médicos, comerciantes, profesores, redactores, políticos... Todos ellos ejercían un trabajo con un impacto directo. Hoy en día, en muchas ciudades, las funciones centrales son los centros de datos, los bancos sin ventanillas, las plataformas logísticas y las torres de oficinas donde trabajan personas cuya función consiste en alimentar e interpretar los datos de las máquinas.

En este contexto, hay que aceptar una amarga realidad :

Si vives en la ciudad, te estás volviendo cada vez más innecesario para el sistema. Tu papel se limita a congestionar las carreteras, llenar las alcantarillas de basura y alimentar las hojas de cálculo con datos. Los robots realizan el trabajo que realmente le interesa al sistema.

El sistema necesita personas a las que vender, evaluar y, ocasionalmente, castigar.

No necesita tu criterio.

No necesita tu presencia, salvo como fuente de datos.

Cuanto más se reduce tu vida urbana a mirar pantallas, rellenar formularios y obedecer instrucciones automatizadas, más evidente resulta que eres un dispositivo conectado a una máquina que tú no has diseñado.

Ya hemos observado una reacción instintiva ante esto.

A finales de los años sesenta y durante los setenta, algunos miembros de la generación de [Woodstock](#) intentaron emanciparse. Se instalaron en comunidades y granjas rurales, decididos a cultivar sus propios alimentos, disfrutar del sol y construir una vida al ritmo de la tierra y las estaciones, en lugar de una dictada por horarios fijos y luces de neón. La mayoría acabó resignándose o volviendo a la sociedad. La ciudad y la economía los atrajeron. El sistema se mostró paciente ; les ofrecía salarios, supermercados y apartamentos cómodos.

Pero lo que entonces aún era difuso se ve hoy con mayor claridad. Esos hippies no solo perseguían un ideal pastoral ; buscaban escapar de un sistema en plena automatización. Hoy en día, ese sistema se ha transformado en robots que gestionan los mercados, evalúan a los ciudadanos, moldean la opinión pública y transportan mercancías. Ellos no tenían palabras para describirlo ; nosotros, sí.

La única vida que los robots no pueden vivir

En cuanto se admite que los sistemas fundamentales “las finanzas, la política, los medios de comunicación, la identidad, la estructura de la economía” han eliminado discretamente de su funcionamiento toda posibilidad de acción humana, las opciones se reducen como la piel de un zapa.

Puedes quedarte en la ciudad, totalmente integrado en la lógica de los robots, y aceptar tu papel de mero dato, de residuo. Puedes seguir dejando que tu valor se mida en puntuaciones, que tus opiniones sean moldeadas por los

flujos de información, que tus « *decisiones* » sean manipuladas por las campañas publicitarias y que tu futuro sea menospreciado por los modelos. Estarás ocupado —reuniones, plazos, suscripciones—, pero lo estarás dentro de un sistema que no te necesita como persona, sino solo como señal.

O bien, puedes empezar a hacer lo que la generación de Woodstock nunca llegó a completar del todo : dedicar tu vida a ámbitos y prácticas en los que los robots son incompetentes.

Puedes cultivar tus propios alimentos. Sacrificar tu propia carne. Construir y reparar tu propio refugio. Vivir entre vecinos a los que puedes ver y tocar, en un lugar donde tus principales interacciones se limitan al tiempo, la tierra, la madera y los animales, y no a cuadros de mando ni puntuaciones. No escaparás por completo de la máquina —siempre recibirás tus liquidaciones de impuestos y tus facturas de seguros—, pero ya no serás un simple engranaje. Serás un ser humano en un lugar concreto, realizando un trabajo que tiene una razón de ser más allá de la mera recopilación de datos.

Es difícil monetizar tu jardín sin conexión a Internet, ya que los robots no pueden verlo. Quizá sea la prueba más evidente de que, por fin, actúas por ti mismo. Si los robots no pueden medirte, quizá vuelvas a ser auténtico.

[J. Matson Heininger](#) para su [Blog](#)

[Marie Claire Teillier](#). Francia, 23 de julio de 2026

Redactado por **Marie-Claire Tellier** y publicado en : [Overblog](#)

Original : [ESCAPING THE BOT BONANZA](#) Did the hippies have the answer : It is difficult to monetize your garden without an internet connection, because the bots can't see it (...) [J. Matson Heininger](#) para su [Blog](#). USA, Jul 23, 2026

Traducido del francés desde [El Correo de la Diaspora](#) por : Carlos Debiasi.

[El Correo de la Diáspora](#). París, 1^{er} de agosto de 2026.



Esta obra está bajo una [licencia Creative Commons](#). Atribución según los términos Sin modificación – No Comercial – Sin Derivadas 3.0 Unported. Basada en una obra de www.elcorreo.eu.org.